

REVISTA CHILENA

DE

HISTORIA Y GEOGRAFÍA



ÓRGANO

DE LA

SOCIEDAD CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA

TOMO IV

SANTIAGO DE CHILE
Imprenta Universitaria
Bandera 130
1912



Los Elementos Indígenas de la Raza Chilena (1)

Una creencia arraigada entre todas las clases del pueblo es que los chilenos constituyen una de las razas más puras, y que menos mezcla de sangre tiene.

Nuestro roto es casi de pura sangre araucana, dicen unos; otros atribuyen el arrojo y desprecio a la muerte, característico del soldado nacional, a la misma causa.

Sin embargo, la investigación científica nos demuestra que esto es verdad sólo en pequeña parte, mucho menos de lo que el público en general sospecha. ¿De dónde ha nacido entonces esta creencia participada por el mundo científico hasta hace poco?

No es difícil la contestación. Todos los cronistas, los historiadores y los hombres de ciencia que se han ocupado del pueblo chileno, han comprobado que al tiempo de la conquista española se habló una sola lengua en el

(1) No usamos del término *raza* para indicar una entidad étnica, sino simplemente para señalar el conjunto de la población que forma la nación. Hemos empleado esta palabra porque es el término que se ha usado constantemente en las exposiciones sobre este tema, que deseamos refutar.

país, desde Coquimbo según unos, desde Copiapó según otros, hasta Llanquihue y Chiloé.

De este hecho se dedujo que había una sola raza.

Hasta hace unos treinta años, el único criterio de la filiación de un pueblo era la lingüística, sin que nadie se preocupara seriamente de los elementos étnicos que lo componían.

La arqueología, la etnología y la antropología estaban todas sujetas a lo que en aquel entonces se consideraba axioma de la filología.

Por lo tanto, encontrándose en las provincias que constituían el Chile de esa época una sola lengua, parecía lógico considerar los pueblos que la hablaban como una sola raza, sin ocurrírsele a nadie discutir el hecho.

Se acostumbró llamar a esta lengua araucana, y luego a los que la hablaban araucanos.

Diremos de paso que los primeros españoles, con excepción de Ercilla, no usaron este nombre al hablar de los indígenas. Los antiguos cronistas hablaban de los indios de Chile cuando querían emplear un término general; y nombraban la parcialidad cuando pretendían denominar a cualquiera de los grupos; así: cauquenes, pencones, quillotanos, araucanos, etc. (1).

La aplicación del nombre de araucanos a los indios de Chile en tiempos posteriores y cuando sólo existían estos en estado más o menos independiente al sur del Bío-Bío, ha sido una de las causales más importantes en propagar una convicción que ya es insostenible.

Nada diremos sobre la propiedad del nombre en cuanto

(1) Los araucanos de los primeros cronistas eran la parcialidad que poblaba los alrededores del fuerte de Arauco, y que hicieron más mella en las tropas de Pedro de Valdivia.

a su aplicación a la lengua, porque ya es un hecho aceptado, y sólo causaría confusión innecesaria si intentáramos cambiarlo.

Pero el de llamar araucanos a todos los que hablaron esta lengua, es cosa que hoy no se puede admitir; y es ésta la situación que queremos aclarar.

Primero: es preciso dejar establecido que igualdad de idioma no prueba de por sí identidad de raza. La prueba más resaltante de esto la constituyen los negros de los Estados Unidos, de las Antillas y del Brasil.

La lengua araucana se habló con pequeñas diferencias de dialecto desde el Choapa hasta Chiloé.

Decimos desde el Choapa, porque parece que nunca fué general al norte de este río. La lingüística misma nos enseña esto. No avanzaremos sobre este punto, porque uno de nuestros distinguidos consocios tiene en preparación un trabajo sobre el mismo tema (1). Sólo diremos que la nomenclatura geográfica al norte del Choapa acusa únicamente una pequeña proporción de derivaciones a que se puede aplicar una traducción araucana.

Esto coincide con las observaciones antropológicas y arqueológicas que tendremos ocasión de referir.

Resulta entonces que desde el Choapa hasta Chiloé tenemos establecido un solo idioma. Como corolario se ha deducido una sola raza o pueblo; ¿cual qué razón? lo pasaremos a ver.

Hace muchos años principiamos a hacer estudios sobre la antropología física del pueblo chileno antiguo y moderno. Una estada de varios años en la frontera, parte de ese tiempo pasado entre los indios, nos convenció que los

(1) Don Joaquín Santa Cruz.

mapuches—o diremos más bien, los indios que habitaban entre el Bío-Bío y el Toltén—no eran todos de una estirpe, y que entre ellos había más de un tipo étnico.

Sin embargo, con el recelo de la juventud y en vista de opiniones que creíamos más autorizadas, no hicimos públicas estas ideas, concretándonos a hacer copiosa anotación de nuestras observaciones.

Pasó el tiempo y nos trasladamos a otras partes de la República, siempre recopilando datos que más tarde nos pudieran servir para establecer un juicio, que ya entrevimos iba a estar en pugna con el generalmente aceptado.

En 1902 publicamos en la Revista del Instituto Antropológico de Londres un artículo intitulado *Notas sobre la antropología chilena*; en él hicimos notar un hecho que nos había llamado fuertemente la atención, y era que entre la población rural, y aún entre la urbana de baja esfera, existían dos tipos muy distintos uno del otro, en cuanto a sus caracteres físicos.

El primero tiene la cabeza relativamente grande, la cara ancha, las facciones pesadas, la quijada fuerte y cuadrada, la nariz carnosa, la boca grande, el labio superior largo, el tinte un poco bronceado, pero raras veces muy oscuro; tiene el cuerpo desarrollado, el tronco largo, el pecho alto y arqueado, y es dispuesto a la corpulencia; los brazos y las piernas son cortas y fornidas; las manos y los pies también cortos, pero anchos.

Se distingue especialmente por lo corto del talón, lo grueso del tobillo y pierna, sin que esté diseñada la pantorrilla. Casi todos estos caracteres son los de los mapuches, e indican que este elemento ha dejado sus huellas en la población actual.

Este tipo se encuentra diseminado por todo el centro y

sur del país, pero abunda más en las provincias de Ñuble al sur.

El otro tipo es más pequeño, sin ser siempre más bajo; tiene la cabeza más chica, la cara más angosta, las facciones más menudas, la frente más estrecha, la boca más chica, el labio superior corto; el pelo más abundante y negro, sobre todo en la cara y en el cuerpo.

El tinte de este tipo es mucho más oscuro y de otro matiz. El cuerpo lo tienen más enjuto, llegando a arrugarse y secarse mucho en la vejez.

Los miembros los tienen más delgados, no se nota el grosor de tobillos tan pronunciado en el otro tipo, y las manos y los pies son chicos y delgados. La obesidad es casi desconocida en ellos y su longevidad es notable.

En la craneología, las diferencias entre los dos tipos son más marcadas todavía; pero no entraremos en detalles por ser esta una materia puramente técnica.

En las provincias centrales el segundo de estos tipos es el que predomina. Veremos en seguida de donde se deriva.

Entre estos dos extremos encontramos muchas variaciones, como es de esperar, pero los tipos citados son bastante diversos y numerosos para establecer su identidad como elementos.

Durante los últimos diez años hemos seguido adelante con nuestros estudios sobre la raza, y hoy, en vista del gran número de datos que hemos acumulado, nos creemos más autorizados para dar a conocer el resultado de ellos, que está en pugna con las ideas generalmente aceptadas en esta materia.

Sentimos cierto recelo al tratar de hacer esto en un trabajo que por su naturaleza tiene que ser breve; porque no

es posible presentar las pruebas que abonan todos los asertos que tendremos que hacer, en el límite disponible: pero trataremos de dejar establecidos los principales factores que nos han inducido a llegar a estas conclusiones.

En un trabajo anterior, (1) dimos en resumen el resultado de nuestros estudios antropológicos. Después nos hemos dedicado de preferencia a clasificar el material arqueológico que habíamos recolectado durante el mismo tiempo y paralelamente.

A pesar de que los resultados de un estudio dejaron entrever las probables conclusiones del otro, quedamos sorprendidos de ver lo parecido de las deducciones en uno y otro caso.

Primero nos convencimos de que los mapuches no eran originarios de Chile, sino que eran un pueblo emigrado de las pampas argentinas no muchos siglos antes de la llegada de los españoles.

Luego, no era suya propia la lengua que hemos acordado llamar araucana, sino adquirida por ellos de la raza más antigua que encontraron habitando el país a su arribo.

En seguida podemos afirmar que su actuación jamás se hizo sentir de una manera muy apreciable al norte del río Itata, aún cuando entre este río y el Maule había ciertas comunicaciones entre ellos y los demás habitantes de la comarca.

Por último, no todas las tribus entre los ríos Itata y Toltén—región donde se asentaron los mapuches—eran de la misma raza.

(1) R. E. LATCHAM. *Antropología Chilena. Trabajo presentado al IV Congreso Científico Latino Americano (I Panamericano)*. Buenos Aires, 1909.

Los españoles, al menos antes del siglo XIX no confundían estos elementos. Así encontramos a Carvallo y Goyeneche declararse terminantemente sobre este punto cuando dice, hablando de los mapuches:

«Jamás fueron comprendidos en ellos los serranos, puelches, pehuenches, huilliches y tehuelches; ni los residentes entre el Toltén y el grado 42 recurrieron nunca a los parlamentos celebrados con los gobernadores, ni tomaron parte en sus guerras internas; ni contra los establecimientos de la frontera.»

Refiriéndose a los tres butalmapus en que se dividía el territorio indio antes de la inclusión entre ellos del cuarto, o sea de la alta cordillera o pfre-mapu, dice:

«Esta división ha sido muy antigua, y si los habitantes de los Andes hubieran constituido parte de esta nación, debieron concurrir a los parlamentos, y nunca se presentaron, ni fueron convocados a ellos, siendo así que los puelches, pehuenches, y huilliches serranos salían a comerciar con los españoles, y traficaban por las provincias de Colchagua, Maule y Chillán y plazas de la frontera.»

Este testimonio está completamente en línea con nuestros estudios; y sin temor podemos asegurar que los pueblos nombrados eran étnicamente distintos de los Mapuches, y unos de otros. Sin embargo todos hablaban dialectos del araucano.

Al norte del Itata, y por todo el valle central hasta Aconcagua, encontramos otro pueblo, predominante en las antiguas sepulturas, y aún en la actualidad bastante numeroso para formar un elemento de nota en la población. Es este nuestro segundo tipo étnico.

Es más sumiso en carácter, más conservador, más arrai-

gado al terruño, y menos andariego que el tipo mapuche que forma el otro elemento de consideración.

Constituye la base del inquilinaje en toda la región central; y es su temperamento dócil y conservador el que ha hecho posible el mantenimiento del sistema verdaderamente feudal que persiste en nuestros campos.

Al norte del Choapa, hasta el límite sur del desierto de Atacama, encontramos otro pueblo o elemento étnico, diferente en lengua, cultura y caracteres físicos de los que ya hemos mencionado.

Habitaba los valles de los ríos, sobre todo en las regiones andinas y subandinas.

Este pueblo formaba la rama occidental de los diaguitas, que ocupaban todas las provincias del noroeste argentino, desde San Juan hasta la Puna de Jujuy.

Es posible que las dos ramas se hubiesen separado en tiempos bastante remotos, pero la arqueología de la región nos enseña que se mantenían en constantes relaciones.

Ocupando el desierto y las punas de Atacama y Jujuy, encontramos a los atacamas o atacameños. Hasta ahora sabemos poco de su antropología, pero recientes estudios permiten decir que su cultura era semejante en muchos respectos a la de los diaguitas, pero un poco menos desarrollada.

En la costa encontramos varios elementos, distintos en su mayor parte de los del interior; y entre ellos hallamos los vestigios más antiguos de la población indígena del país.

Estos eran de aquella antigua raza, a que se ha dado el nombre de páleo-americana, llamada hace poco por nuestro distinguido consocio, recientemente fallecido, el doctor Francisco Fonck, la raza de cráneos de paredes gruesas.

Se supone que esta raza era la autóctona de América, por ser de ella los restos más antiguos hallados en el continente.

Después de ella encontramos diversos pueblos de pescadores en las costas, sin que todavía se haya establecido con claridad el orden cronológico de su llegada.

Entre otros se pueden nombrar los changos de las costas del norte; los pueblos que dejaron los conchales o montes de desperdicios de cocina en tantas partes del litoral; otro pueblo más culto que los anteriores, que sepultaba sus muertos en túmulos y cuyos restos se hallan ocasionalmente en las playas de las provincias centrales.

No entraremos a enumerar los pueblos que se encontraban al sur de Chiloé, porque nunca formaron parte de la población que consideramos chilena.

Los enumerados eran los elementos principales de la población al tiempo de la conquista de los incas, quienes introdujeron nuevos elementos sin que sepamos a punto fijo cuales eran. No basta decir que eran incas, ni que eran peruanos; porque sabido es que estos reclutaban sus ejércitos en diversas partes del imperio, y pueden haber tenido diferentes orígenes. También establecieron mitimaes o colonias industriales, sin que tampoco sepamos de que nacionalidad eran estas.

De modo que salta a la vista, que en vez del pueblo homogéneo que pretendieron encontrar los cronistas en el suelo chileno, y a que se ha aplicado el nombre de araucano, nos hallamos en frente de una heterogeneidad completa.

Hasta aquí hemos hecho sólo asertos; ya trataremos de asentar las razones que tenemos para llegar a algunas de estas conclusiones.

Dijimos que consideramos a los mapuches como raza intrusa llegada de las pampas argentinas.

Cuando la conquista española, los mapuches del sur del Itata estaban en estado semi-nómade. Vestían pieles, no conocían el arte de tejer ni de hacer alfarería; su vajilla era de madera y de canastería. Estaban en plena edad de piedra, y desconocieron en absoluto el uso de los metales. Sus habitaciones eran muy primitivas y mudables fácilmente de un lugar a otro. Cuando escaseaban los alimentos naturales en una localidad, se trasladaban a otra cercana.

En la costa, y al sur del Toltén, había otro pueblo emparentado con los indios del centro, llamado cuncos, más cultos que los mapuches, y evidentemente desalojado por estos de sus terrenos.

Este pueblo practicaba una ruda agricultura, trabajo desatendido por los mapuches y tribus andinas; fabricaba vasijas de greda y tejía burdos paños de la lana de los chilihueques y de un perro lanudo que criaban en sus chozas. Pero tampoco conocía el uso de los metales.

Durante las dilatadas guerras contra los españoles, se fusionaron con los mapuches con quienes hicieron causa común.

Estos hechos son constatados históricamente por los cronistas, quienes no confundieron del todo los dos pueblos.

El padre jesuita Alonso de Ovalle, hablando de la fundación de la ciudad de Imperial, y refiriéndose a la región regada por el río de este nombre y por el Toltén, dice:

«En este sitio halló el Gobernador (Valdivia) ochenta mil indios (sic) poblados; otros autores dicen mucho más y todos convienen en que *son gente muy apacible, de noble*

condición, y muy amorosos, y no tan guerreros como los araucanos, y en esta opinión están tenidos y reputados.» (1)

Otros autores expresan las mismas ideas.

En los estudios modernos, basados en su mayor parte sobre las narraciones de los cronistas, se deja entrever la opinión de la existencia en el país de otra raza más antigua y más culta que la mapuche. Estos hechos históricos son comprobados por la evidencia de la antropología y la arqueología.

Las más antiguas sepulturas de la región costina de la frontera nos presentan muy pocos restos osteológicos, a causa de que han sido destruidos por la humedad del suelo. Pero encontramos en ellas alfarería y objetos de piedra.

La alfarería es por lo general tosca y sin adorno, salvo unas pocas piezas con dibujos lineales incisos. Más tarde encontramos sepulturas con alfarería pintada, de clase más fina; artículos de piedra pulimentada, y de madera, concha, y hueso.

Algunos de estos objetos indican conocimiento de los rudimentos de la agricultura y del arte textil. También encontramos de vez en cuando restos humanos que nos permiten asegurar que la raza era distinta de la mapuche.

Los dibujos en algunos de los jarros de la última época antes de la llegada de los españoles, nos enseñan que las influencias incaicas habían alcanzado estos parajes.

No insinuamos que estas influencias se hayan derivado

(1) *Histórica relación del Reyno de Chile*. Tomo XII de los *Historiadores de Chile*. Libro V. cap. XVI.

por contacto directo, o que prueben que los incas llegaron tan al sur en sus correrías.

Esta clase de alfarería se encuentra también en la región de la cordillera hasta el río Cautín, pero parece tardía su llegada a esa zona, y según el señor Tomás Guevara, todavía quedan recuerdos del establecimiento en esos lugares de tribus venidas del sur. Dice al respecto: Hay pruebas para creer que esta alfarería penetró a la frontera por el sur y se cargó hacia la región del este hasta el río Cautín. Todos los ejemplares hallados proceden de esa sección. Desde Trompulo, al norte del río Aillipén, hasta Llaima, Huichahue y Curacautín, se han desenterrado muchos cántaros de esta clase. Cubren ahora esa banda sub-andina selvas impenetrables; pero tradiciones que no se han borrado del todo entre los indios, recuerdan la existencia en esa parte, de tribus prósperas *venidas del sur*, que se radicaron en llanuras donde crecieron después bosques inmensos. (Recogidos por el autor).

«En sepulturas antiguas de Tirúa, en la costa, se han extraído también cántaros listados.» (1)

Es verdad que el señor Guevara supone que esta alfarería es araucana, pero al mismo tiempo llama araucanos a todos los pueblos y tribus entre el Bío-Bío y Chiloé.

Es curioso notar también que el nombre del pueblo a que atribuimos esta cultura queda consignado en el nombre de un lugarejo situado a las orillas del río Aillipén, no lejos de Trompulo, citado por el señor Guevara. Nos referimos al pueblecito de Cunco. Asta-buruaga da de él

(1) TOMÁS GUEVARA. *Las últimas familias y costumbres araucanas*. Publicado en los *Anales de la Universidad*. Tomo CXXXI. 1912, 2.^a parte, cap. IV pág. 927.

esta noticia. CUNCO: Paraje de pocos habitantes, que se halla en el departamento de Temuco, hacia el sur de su capital y poco distante al este del fuerte de Freire (1).

En el valle central de la misma región, entre el Bío-Bío y el Toltén, las sepulturas contemporáneas no contienen ni alfarería, ni objetos de arte textil.

Sin embargo, algunas de las más antiguas, a que atribuimos una edad anterior a la llegada de los mapuches, divulgan restos de alfarería y aún urnas funerarias en que se han encontrado huesos humanos. Este modo de sepultura era desconocido entre los mapuches, pero era frecuente entre los antiguos moradores prehistóricos y se han encontrado sus vestigios en diversas partes del país.

Esta costumbre mortuoria indica un entierro secundario, y las urnas frecuentemente no contienen sino una parte del cadáver.

Los mapuches tenían otras costumbres. Después de disecado el cuerpo del difunto, lo enterraban en un *huampu* o ataúd fabricado de dos maderos ahuecados. El cadáver era colocado entre ellos con el cuerpo tendido.

En las sepulturas mapuches más antiguas es sumamente raro encontrar otra cosa que objetos de piedra y concha, y de vez en cuando los restos de huesos carcomidos. Esto se debe a causas climatológicas.

La alfarería que resiste mejor la humedad falta por completo.

Posteriormente todo esto cambia, y se notan de golpe las influencias europeas.

Objetos de metal, aún de fierro, son frecuentes. La alfarería es relativamente abundante, pero ya de otros ti-

(1) *Diccionario Geográfico.*

pos y de una fabricación mucho más tosca. Sus formas no se asemejan a las del sur, sino a las del norte, no son pintadas y llevan el sello de una fabricación inferior.

Aparecen por primera vez también los objetos usados en sus tejidos, que demuestran que este arte también tuvo su principio entre ellos en esta época. No son estos objetos del mismo estilo que los del período anterior. Las torteras de piedra y de greda son reemplazadas por otras de madera y aún de hueso. Todavía no se encuentran tejidos porque estos son los que primero se destruyen, por la acción de la humedad.

En algunas ocasiones hemos encontrado en estas tumbas, cráneos en un estado de conservación bastante perfecta para permitir un examen de sus caracteres primordiales. La comparación de estos con los de las antiguas sepulturas del período anterior dejan absolutamente de manifiesto que se trata de pueblos diversos.

Interpretamos todos estos hechos de la siguiente manera: Cuando llegaron los mapuches, encontraron la zona ocupada por un pueblo más culto que ellos, que practicaba algunas de las artes primitivas. Poco a poco este pueblo iba emigrando, o fué empujado al sur del Toltén, donde fué encontrado por los españoles.

Siguieron ocupando el litoral desde Cañete al Sur, mezclándose tal vez con los mapuches. Más tarde algunas de sus tribus volvieron al norte del Toltén, en la región subandina, de donde fueron desalojadas nuevamente por los puelches llegados de las pampas.

Ciertas influencias incaicas infiltraban por el litoral, pero no de una manera suficiente para producir cambios radicales en su cultura, y que se hacen notar principalmente en la decoración de sus alfarerías.

La cultura de este pueblo no fué adoptada por los mapuches sino en muy pequeño grado, y sólo llegaron a ser un poco más sedentarios en sus hábitos.

Hacían periódicas excursiones a la costa en busca de pescado, mariscos, y algas comestibles; y en otras épocas del año, a la cordillera para cosechar piñones. Durante estas expediciones, debían ser frecuentes los encuentros sangrientos con sus enemigos hereditarios, los pehuenches y puelches, quienes ocupaban la zona de los pinales.

Este fué el estado de cosas encontrado por los españoles al tiempo de su entrada en el país; y explica las contradicciones notadas en los relatos de los primeros cronistas.

La antropología nos enseña que físicamente los cuncos, pehuenches, puelches y mapuches eran distintos.

No entraremos en detalles sobre estas diferencias porque las hemos dado en un trabajo anterior (1). Diremos simplemente que los habitantes más antiguos eran afines a los pehuenches; el pueblo más culto a que hemos hecho referencia era semejante a los cuncos; y que los costinos eran probablemente una mezcla de éstos con los mapuches, o tal vez con los pehuenches.

Aún en el día se nota una diferencia entre los indios de la costa y los del centro, y otra mayor entre estos y los pehuenches.

Luego se nos presenta la cuestión del idioma. La pregunta que naturalmente se ocurre a uno es: Si los mapuches eran de origen pampeano y su esfera de acción se limitó a las provincias del sur ¿cómo llegaron a imponer su lengua a todo el país? Para contestar tenemos que decir que

(1) *Antropología Chilena.*

otra vez nos encontramos en pugna con todas las ideas aceptadas.

En nuestra opinión la lengua araucana en un principio no fué de los mapuches, sino de aquel antiguo pueblo culto que ocupaba el país hasta el Choapa, antes de la irrupción de ellos.

Que posteriormente los mapuches la hayan adquirido, no presenta serias dificultades. Es un hecho conocido, y comprobado históricamente, que en la lucha por la existencia entre dos o más lenguas, la más desarrollada y perfecta generalmente vence, sobre todo cuando hay otros factores favorables, como por ejemplo, superioridad numérica o imposición de la esclavitud.

Es probable que los primeros mapuches fuesen hordas semisalvajes que llegaron sucesivamente, durante uno de los grandes trastornos que determinaron las migraciones en los grandes llanos de toda Sud América, y de que quedan tradiciones en todos los países.

Sabemos por sus costumbres, que han persistido hasta tiempos históricos, que eran exógamos, es decir, que buscaban sus mujeres fuera de la tribu. También sabemos que el rapto era el medio más usual entre ellos para procurarse mujeres, y que la mayor parte de sus incursiones y malones no tenían otro objeto. Es fuera de duda que practicaron estas costumbres a expensas de sus vecinos más pacíficos o más débiles.

No es menos cierto y probado que los niños aprenden la lengua de sus madres, y raras veces la del padre cuando esta es diversa.

Resultaría, entonces, que dentro de dos o tres generaciones, y sin esfuerzo, todos hablarían el idioma del país de su adopción.

La otra alternativa de que la lengua araucana hubiera sido traída por los mapuches e impuesta por ellos al resto de la población del país, es insostenible por muchas razones.

Primero: es contra la experiencia histórica que un pueblo de cultura inferior, e inferior numéricamente, como lo serían los mapuches al principio, pudiera imponer su lengua a otro pueblo más civilizado.

Luego la arqueología nos enseña que antes de la llegada de los españoles, los mapuches no se habían arraigado al norte del Itata.

¿Cómo explicar entonces que el idioma se hablara en regiones que ellos nunca ocuparon; y que en estas regiones no queden vestigios en los nombres geográficos que denoten la existencia de otro idioma que pudiera haber sido el de los primitivos ocupantes del suelo?

Por otra parte el idioma araucano contiene muchos nombres culturales que no pueden haberse derivado de los mapuches, por carecer ellos de las artes e industrias que les dieron nacimiento.

Estas razones nos convencen que la lengua era originaria del suelo chileno, y si fuera necesario reportar nuevas pruebas, hablaríamos de los nombres botánicos que se refieren en muchos casos a plantas exclusivas de este territorio.

Fué aprendida por los mapuches, de la misma manera que la aprendieron los pehuenches, puelches, y otras tribus; venidas al país en diferentes épocas; y llevada por ellas a las pampas en sus correrías posteriores.

El territorio entre el Bío-Bío y el Maule parece haber sido un terreno neutral poco poblado y cruzado frecuentemente por los pehuenches nómades.

Conocemos muy poco de la prehistoria de esta región, y aún los cronistas son muy parcos en los datos que consignan.

Al norte del último río encontramos un pueblo que forma el segundo de los elementos principales de la población a que hemos hecho mención.

Este pueblo era más adelantado que los del sur; y aún antes de la invasión de los incas tenía una cultura que indica cierto avance en las artes e industrias.

Practicaba la agricultura pero no conocía el riego; tenía animales domésticos, el chilihueque y el perro; fabricaba alfarería y había adquirido los principios de su decoración; utilizaba la lana para sus tejidos, pero no tenían ningún conocimiento de los metales.

Habitaba la región entre el Maule y el Choapa, desde tiempos bastante remotos, muy anteriores a la ocupación incaica.

Los incas introdujeron entre ellos algunos adelantos, sobre todo el riego, pero por lo general las industrias siguieron su rutina sin grandes modificaciones.

Era este el pueblo que, según nuestra opinión, originó la lengua araucana. Estaba emparentado con los cuncos del sur, y parece cierto que antes de la incursión de los mapuches la cultura de las dos ramas era igual, notándose sólo diferencias locales.

Separadas posteriormente, cada una siguió su desarrollo independiente, y así se notan las diferencias de estilos que más tarde aparecieron.

La radiación de esta rama septentrional se extendía desde el río Ligua hasta el Maule; pero la población era más densa en los valles del Aconcagua y Maipo, sobre todo en las partes llanas.

Se notan sus influencias al sur del Maule, aunque de una manera menos notable, porque, como hemos dicho, esa región era escasamente poblada, y fué campo de las correrías de los fieros pehuenches.

Una de las razones de la menor resistencia ofrecida por este pueblo a las armas incaicas y españolas, se debía a sus hábitos sedentarios.

Con la destrucción de sus pequeñas siembras, o la apropiación de sus cosechas, quedaron acosados por el hambre, sin tener los recursos que pertenecen a los pueblos nómades.

Cuando estas mismas armas chocaron contra los mapuches, encontraron una resistencia inesperada, debido a que este pueblo vivía independiente de un hogar fijo, y de los productos de la industria, para su sostén. Manteniéndose de las provisiones que le proporcionaba la naturaleza y sin las trabas que amarran a un pueblo más culto, podían movilizarse con suma facilidad y desaparecer después de un revés sin sufrir mayores consecuencias, retirándose a los bosques y cerros, seguros de hallar con qué subsistir hasta reunirse de nuevo para hacer frente al invasor.

Se ha imputado a los incas la diferencia de cultura hallada entre los mapuches y sus vecinos de más al norte.

Los estudios arqueológicos efectuados en la zona demuestran, sin embargo, que esto es verdad sólo en parte.

La cultura incaica ha dejado sus huellas indudablemente, y es esta la razón principal que nos permite asegurar que existía otra anterior, y establece su cronología.

La civilización de los incas fué característica y no puede confundirse con otra, pues en las sepulturas más antiguas de Chile central no se encuentran rastros de esta ci-

vilización, y sólo en las más recientes se hallan sus influencias.

En la región que estudiamos, salvo en unos pocos lugares de la cordillera, a que tendremos que referirnos en seguida, no se hallan en ninguna sepultura preincaica vestigios de metal, mientras en las del período incaico tales objetos son frecuentes. Tejidos, alfarería, y otros objetos que proclaman las mismas influencias son comunes.

Aquí tenemos entonces dos períodos marcados, uno incaico y el otro preincaico.

Las sepulturas del período más antiguo nos enseñan que aún en esa época existía una cultura más o menos avanzada.

Es el pueblo que la practicaba el que, como elemento indígena, mayor papel ha jugado en la formación de la raza o pueblo chileno, como trataremos de explicar.

La verdadera dominación española durante los primeros siglos de la ocupación no se extendió al sur del Bío-Bío.

Pasado este río, el país fué ocupado sólo militarmente, con pequeñas colonias al rededor de las plazas fortificadas; y la fusión entre españoles y mapuches fué insignificante. Aún hoy las uniones entre los indios y los chilenos son raras, siendo de excepción y no de regla, por el recelo de los primeros hacia la raza vencedora.

En cambio, en las provincias centrales la fusión fue rápida y completa, y se efectuó en pocas generaciones. Como fue más numeroso y más aclimatado el elemento indígena, y como las uniones con los españoles eran unilaterales, hubo una constante reversión al tipo indígena, que tendía a propagar y fortalecer el elemento.

Este hecho fue notado y comentado por el malogrado

autor de *Raza Chilena*; sólo que, partiendo de la base de que todos los indios de Chile eran araucanos y de la misma estirpe, llegó a conclusiones erróneas.

Los mapuches, por las razones expuestas, no entraron a formar un elemento de consideración en la nación, sino después de la independencia, y aún entonces en mucho menor grado que el de la región central.

Sabemos que este antiguo pueblo practicaba la agricultura en tiempos preincaicos, porque hallamos en las tumbas de esa época los objetos de piedra y de madera destinados a esta industria. La alfarería pintada de los mismos sepulcros demuestra que en ese arte también había avanzado mucho. De igual manera, el hallazgo de objetos y útiles para la fabricación de tejidos, restos de estos mismos y madejas de las lanas usadas, dejan de claro que esta industria también fue conocida en tiempos preincaicos.

Lo que no se halla jamás en los entierros de esta época son objetos de metal, que hacen su primera aparición bajo las influencias de los incas, como igualmente el riego de los campos, arte que parece desconocido por los antiguos moradores.

Se notan de vez en cuando los efectos de otras culturas extrañas anteriores a la incaica, pero de una manera casual, y no de un modo constante como sucede más al norte; y se puede decir que la cultura más antigua de la región parece ser nacional en su desarrollo.

Desde el Choapa hasta los límites sur del desierto de Atacama, encontramos otra zona cultural cuya arqueología nos es más conocida.

Esto se debe a que, siendo el clima más seco, se conservan mejor los restos.

Los trabajos agrícolas tampoco han causado tanto daño como en la zona central, por encontrarse los cementerios y sepulturas en lugares altos y secos, en terrenos que no son cultivados.

El pueblo que habitaba esta zona, ni en caracteres físicos, ni en cultura, ni en lengua, puede confundirse con los del centro, y menos aún con los del sur del país.

Nuestros estudios antropológicos nos convencieron que este pueblo era emparentado con los diaguitas del noroeste argentino.

Dijimos en una publicación anterior:

«No sólo no hallamos en la topografía muchos indicios del (idioma) araucano, pero tampoco los nombres vulgares de la flora y fauna silvestres son los mismos que los de más al sur. Las supersticiones y el folklore además indican otra procedencia. No es esto todo: física y moralmente la raza es otra; la braquicefalia predomina, y el tipo étnico es diferente en muchos caracteres importantes. Lo mismo puede decirse en cuanto a su carácter mental.

Por estas razones y otras que sería muy largo enumerar, juzgamos que la raza es otra, y sus afines hay que buscarlas allende la cordillera.» (1)

También es indudable que muchas de las antiguas ruinas de pircas que se encuentran de trecho en trecho entre los cerros de estas provincias, y que generalmente son llamadas tamberías o gentilares, son reliquias del mismo pueblo y no deben en muchos casos atribuirse a los incas.

Ultimamente nos hemos dedicado a la arqueología de este distrito y a la clasificación de la materia recogida durante una estada de varios años en la región.

(1) *Antropología Chilena.*

Las pruebas presentadas por este estudio, ya en vías de publicación, son abundantes y decisivas.

Aprendemos que el primer pueblo que habitó la comarca fué casi salvaje y tenía muy pocos conocimientos de las artes e industrias; desapareció dejando muy pocos restos para indicar su permanencia.

Luego apareció otro pueblo en la región andina, que poco a poco se extendió hacia el sur y por los valles de los ríos.

Poseía una cultura bastante avanzada y desarrollada en que son patentes las influencias del período de Tiahuanaco.

Estas influencias y las del período a que el profesor Max Uhle ha dado el nombre de *epígono*, son decisivas y perduraron durante las épocas posteriores. Se notan principalmente en la ornamentación de la alfarería, en algunas de sus formas y en los escasos objetos de madera y de bronce que hallamos en sus sepulturas.

Otras influencias que notamos, tal vez contemporáneas a las que hemos citado y que indudablemente forman la base de la cultura, son las diaguita-calchaquíes.

Estas influencias han dado su carácter especial a la cultura del norte de Chile. Las formas, la ornamentación y los usos de muchos de los utensilios de madera, de greda y de metal, lo atestiguan. Los objetos de bronce de las formas distintivas de la región calchaquí, sobre todo, lo deja fuera de duda.

Pero a pesar de esto, en muchos detalles el desarrollo de la cultura de las dos ramas siguió un camino independiente, lo que parece indicar que su separación fué remota, probablemente durante los fines del período de Tiahuanaco. Sin embargo, sabemos que se mantenían

constantes comunicaciones, porque hallamos en las sepulturas argentinas, conchas de las costas del Pacífico, y en las chilenas campanillas de bronce, vasos y urnas de greda cuya ornamentación especial acusan no influencias, sino fabricación calchaquí.

En época posterior encontramos influencias incaicas. A esta época debe atribuirse el adelanto de ciertas industrias, notablemente la metalurgia, el arte textil y las obras de irrigación.

Sin embargo, las influencias de esta época nunca asumieron la importancia predominante que algunos autores les han querido dar; y al mismo tiempo que se hacían sentir, persistían a la par con ellas las otras más antiguas.

Es probable también que hubiesen principiado a infiltrarse por el territorio antes de la invasión de Yupanqui, por medios indirectos como el comercio.

Tenemos, entonces, en esta región, un pueblo afín a los diaguitas y cuya cultura parece haber tenido los mismos orígenes; aún cuando su desarrollo posterior ha estado sujeto a una estilización local y diferente.

A la llegada de los españoles lo hallamos bajo el dominio de los incas, y adoptando en parte la civilización de éstos.

No queda recuerdo del idioma de este pueblo, salvo en los nombres geográficos y botánicos de la zona. Estos nombres no se pueden explicar, ni por el araucano, ni por el quechua, ni por el aymará, y parecen, en gran parte, afiliados a los de igual aplicación en la región diaguita.

En la costa de la misma zona encontramos diferentes tribus de pescadores que se han sucedido una a otra, para

desaparecer sin dejar otra huella que sus sepulturas y conchales para marcar su paso por el litoral. No formaron elementos dignos de ser tomados en cuenta en la formación de la nación y no creemos del caso volverlas a enumerar.

Sólo diremos que los objetos hallados en sus tumbas indican que desde tiempos muy lejanos existía un activo comercio entre la costa y la región interior a uno y otro lado de la cordillera. Los portadores de estos objetos eran tal vez los atacameños de más al norte, y en seguida estos artículos de comercio han seguido el camino de la costa. Indicamos este camino porque se hallan en la costa muchos objetos que no son de fabricación chilena y no se encuentran en las sepulturas del interior, mientras son comunes en el noroeste argentino, en Bolivia, en el Perú, y aún entre los atacameños.

Estos últimos eran un pueblo que ocupaba y todavía ocupa algunos lugares habitables en el desierto y puna de Atacama y la puna de Jujuy.

Todavía no estamos muy seguros de su filiación étnica, pero esperamos que la colección de cráneos y momias traídos de Calama por el señor Uhle, nos ayudará a formar algún criterio.

Culturalmente parecen pertenecer al mismo grupo que los pueblos del sur de Bolivia, del noroeste argentino, y al pueblo que recién hemos pasado en revista del norte de Chile; pero también su desarrollo ha sido hasta cierto punto independiente.

Sus asientos principales en el actual territorio chileno, eran el valle del Loa, y las orillas del salar o laguna de Atacama y los riachuelos que la alimentaban.

Las recientes excavaciones del doctor Uhle dejan de manifiesto que su cultura era mayor que lo que anteriormente se creía, pero no entraremos en detalles, esperando la publicación del trabajo sobre la materia que prepara este distinguido arqueólogo.

Vemos entonces que muchas de las apreciaciones más comunes sobre la tal llamada raza chilena, son infundadas y erróneas, y como resultado de nuestros estudios llegamos a las siguientes conclusiones:

1.º Que el pueblo mapuche, llamado araucano, no es oriundo de Chile.

2.º Que ha ocupado una zona más limitada en el territorio nacional, que la que se le ha atribuido generalmente.

3.º Que a su llegada existían en el país otros pueblos más cultos.

4.º Que la lengua araucana pertenecía a uno de estos últimos, y fué adquirida por los mapuches después de su radicación aquí.

5.º Qué el elemento indígena de más importancia en la formación de la nación chilena no fué el mapuche, sino aquel antiguo pueblo que ocupaba las provincias centrales antes de la llegada de aquél.

6.º Que al norte del Choapa habitaba un pueblo emparentado con los diaguitas argentinos; para quienes proponemos el nombre de diaguitas chilenos.

7.º Que los atacameños tuvieron posiblemente el mismo origen.

8.º Que en la región de la costa los elementos han sido varios y diversos de los del interior.

9.º Que la civilización incaica no tuvo influencias tan

transcendentales en el desarrollo cultural de los indígenas chilenos como generalmente se ha creído.

10. Que en vez de la homogeneidad que se ha supuesto en la población indígena a la llegada de los españoles habría una heterogeneidad completa.

Santiago, Noviembre 23 de 1912.

RICARDO E. LATCHAM.

